

Darío Oses

Ricardo Silva-Santisteban: Un poeta en la *Terra incognita*

¿Cómo se fue construyendo esta Terra incógnita?

Por el volumen de mi libro puedes ver que no soy un poeta caudaloso. He escrito, más bien, pequeñas colecciones. Las primeras tienen cuatro, seis u ocho poemas. Nunca más de diez. Son pequeñas colecciones que se han ido juntando...

¿Son colecciones o poemarios?

Las primeras de estas colecciones son conjuntos que poseen una unidad que casi los convierten en un solo poema, como *Los deseos oscuros*, con cuatro secciones en prosa. *Sucesión* está dividido en los cuatro elementos. En “Agua”, hay alguien que se expresa desde el vientre materno y nos habla desde ahí. “Tierra” es la niñez vista a través de tres poemas brevísimos. La sección “Fuego” se trata de poemas de amor y “Aire” es el momento de la muerte.

Noche de la materia es otra de las colecciones, con siete textos. Aquí hablan dos amantes a los que yo he llamado el amado y la amada, como lo hace san Juan de la Cruz. Pero en este caso no es “la noche oscura del alma”, el ascenso a la experiencia mística, sino, como dice el título, la noche de la materia, la experiencia del encuentro carnal. En el momento del contacto sexual se produce un éxtasis, que es cercano a la muerte, por eso, como bien dice Américo Ferrari, los franceses le dicen “la pequeña muerte”. Aunque en la elección de este título fui inconsciente de este tipo de consideraciones.

Tu primer libro, de 1975, se titula también Terra incógnita...

Ese es el título de una de las colecciones que luego lo extendí a todo el volumen y, en el futuro, a toda mi obra poética, por su resonancia metafórica y su carácter autobiográfico. Utilicé en su composición una especie de escritura automática. Esos poemas fueron muy extraños para mí mismo, y aún ahora lo siguen siendo. Simplemente me vino el impulso de escribir y solo tuve que dejar correr la pluma. Por eso hablo de escritura automática, aunque quizá fuera mejor decir escritura inevitable. Después de escribir *Noche de la materia* dejé de escribir durante un lapso de casi dos años. Pensé que ya no iba a poder escribir más, uno de los temores que siempre me ha perseguido. Pero de repente comenzaron los poemas a escribirse ellos mismos. Me sentaba y los escribía completos, con excepción del último, que sí me costó terminar. De ese solo la primera parte la escribí en forma automática, la segunda tuve que trabajarla. En ese momento se acabó el chorro y me detuve. Nunca me fuerzo a escribir y menos poesía. Por ello puedo decir que toda mi poesía es espontánea, lo que explica, como te dije al comienzo, mi poco caudal. Titulé a mi primer libro

Terra incognita. Después lo he reordenado. Mi segundo libro fue *Sílabas de palabra humana*, de 1978.

¿Todos tus libros se relacionan con tu experiencia y tu mundo personal?

Yo diría que el noventa por ciento, pero hay uno, El fuego del origen, formado por distintos instantes de la prehistoria peruana. Termina con un romance cuyo comienzo toma algunas frases de la segunda parte de la *Crónica del Perú*, de Pedro Cieza de León, que se llama *El señorío de los incas*. Aunque en ningún momento indico que son de ese cronista. Pensé que si alguien lo descubría, bien. Pero los comentaristas de poesía no creo que lean las maravillosas crónicas que tenemos en abundancia en la literatura peruana colonial. Las primeras páginas de *El señorío de los incas* se han perdido. Yo terminaba mi poema con las primeras palabras de Cieza: las últimas palabras mías eran las primeras de Cieza que se han conservado.

¿Tus estadías en otros países han sido poéticamente productivas?

No mucho. Creo que soy una especie de Anteo que necesita el contacto con su tierra natal. Cuando viajé a Japón, por ejemplo, tuve todo el tiempo del mundo a mi disposición, lo que me faltó fue inspiración para escribir, solo me dediqué a corregir un largo poema, titulado *Las acumulaciones del deseo*. En ese momento todos me decían que se trataba de mi mejor poema. Lo había escrito en Lima, antes de viajar a Japón, también en forma un poco automática, y allá lo corregí y lo pulí.

En Japón tuve todo el tiempo del mundo pero para mí fue más bien como una especie de largas vacaciones. Allí comprendí que, muchas veces, no podemos controlar el flujo de la escritura hasta que no hemos asimilado bien las expe-

riencias. Aunque *Las acumulaciones del deseo* lo corregí y le di fin en Tokio, yo separo el momento de la escritura del momento de la corrección. Cuando viajo, por lo general no escribo. Trato de ser una especie de esponja que utilizará sus experiencias en el futuro. Por eso, cuando se habla de lírica se la designa como evocación.

Las acumulaciones del deseo tuvo mucha suerte, porque Javier Sologuren, gran poeta y amigo, viajó a España para la conmemoración de uno de los centenarios de Quevedo. Me preguntó si tenía algún texto para llevarse con él, le dije que solo un poema largo y se lo entregué, pensando que tal vez podía publicarse en alguna revista. Cerca de cuatro meses después me llegó un paquete con el librito. Lo había leído un poeta, al que le gustó mucho, y lo publicó en una edición muy bonita pero de poco tiraje, en una colección en que también se publicaron textos de Luis Buñuel y de Severo Sarduy.

En *Río de primavera cascada de otoño* imité la forma japonesa del haiku y de su complemento. Se trata, en realidad de una renga escrita por una sola persona.

¿Cómo escribiste Omar Jaiyam conoce los goces y desdichas del amor?

Cuando terminé la traducción de los *Rubaiyat*, que hice con la poeta persa Azadeh Aalami de Blanc, del Centro de Estudios Orientales de la Universidad Católica, comencé a escribirlo y lo terminé en dos días. A veces los poemas me salen así, casi sin esfuerzo. Lo que pasó fue que al terminar la traducción de Jaiyam sentí un profundo vacío interior. Tomé la pluma y escribí mis propios cuartetos. A veces pienso que fueron escritos por el propio espíritu de Omar Jaiyam. Otros poemas, en cambio, demoran y se quedan formando parte de

nosotros mismos. Fue lo que ocurrió con un poema de la colección *En el laberinto* basado en el cuadro *Marquesa Balbi* de Antón Van Dyck. Ese cuadro me impresionó muchísimo aun cuando Van Dyck no sea un pintor de mis preferencias. Pero este cuadro me apasionó. Fui a verlo más de una vez a la National Gallery de Washington. Ahora me doy cuenta de que el poema no tiene nada de original. Trata el mismo tema de la “Oda a un ánfora griega” de John Keats, es decir, el de la inmortalidad plasmada en el arte. Cuando volví a visitar Washington muchos años después, fui a ver el cuadro y escribí otro poema sobre este. Existe un tercero, todavía inédito. Vi por primera vez este cuadro cuando era un muchacho de unos veinte años. Me impresionó la mujer retratada que es bellísima, tal vez la más bella que he visto en mi vida. Históricamente no sé quién fue; probablemente alguien que tuvo dinero para hacerse pintar, pero su belleza se encuentra inmortalizada en el cuadro, mientras seguía transcurriendo la vida, que es puro deterioro.

De modo que esta Terra incógnita, no la de 1975 sino la del 2001, sería la suma de tu obra poética.

La primera edición fue, como ya dije, la de 1975, que incluía varias colecciones escritas desde 1965. En la segunda agregué varios textos y *plaquettes* publicados en el entretanto, y en esta tercera se incluye una nueva colección, *Ajuste de cuentas*, que no se había publicado nunca separadamente. En ella se encuentran mis últimos poemas, que son los que más me satisfacen, los que siento más densos de sentido y con un ritmo más controlado. Me interesa mucho el ritmo. Siempre escribo en verso libre. Cuando traduzco, suelo hacerlo en metro medido, pero para mi propia creación me expreso en verso libre. De modo que este libro contiene la suma de mis poe-

mas, contruidos con mis propias experiencias. Excluí *El fuego del origen* porque estaba fuera de ese entorno autobiográfico, hecho más bien sobre la base de fuentes literarias y yo desconfío de lo literario, aunque puedo ser injusto conmigo mismo, ya que se trata también de un poema en gran parte visionario.

Eso es extraño, teniendo un mundo tan rico de referencias literarias como traductor, lector y editor; porque tú debes ser uno de los poetas que mejor conoce la poesía universal.

Sí, gozo mucho leyendo a distintos poetas, a veces me apasiono por alguno. He editado a los grandes poetas peruanos del siglo XX: Eguren, Vallejo, Eielson, César Moro, Martín Adán, Ricardo Peña, Javier Sologuren... Pero esa ha sido otra forma de trabajar a favor de la poesía. Más que editor, simplemente soy un poeta que piensa que otros poetas también deben editarse. Uno tiene que ser desprendido.

Debes de sentir el peso de la tradición porque la conoces muy bien

Pero no la uso. He traducido a Mallarmé, pero no creo que exista ninguna huella de Mallarmé en mi poesía. Por ejemplo, tengo un poema que se titula "Canto de experiencia"; Américo Ferrari dice: este es un guiño a William Blake. He traducido alguna vez a Blake pero no pensé en él cuando escribí ese poema. En el caso de Blake, la concepción es diferente. En mi poema se encuentra mi experiencia vertida a través de un canto, porque pienso mucho en la poesía como canción. Creo que, en determinados momentos, el poema debe tener esa gracilidad de la canción. A veces, también, tomo prestado versos; me acuerdo, por ejemplo, que en *Las acumulaciones del*

deseo pongo una frase que he tomado de Catulo: “Amor escrito en el viento y en el agua que corre”; dicho verso se encuentra en la tradición, no lo estoy plagiando sino recomponiéndolo en mi poema, porque se ajusta a mi propia experiencia y, como todo el mundo lo conoce, saben que mi intención no es copiarlo. Es como si tú vieras que en un poema alguien pone “Puedo escribir los versos más tristes esta noche”, todos saben de quién es.

Pero no deja de ser rara esa reticencia a lo literario, porque si estás tan inmerso en la literatura, toda tu experiencia debe de estar mediada por ella.

Probablemente. De cualquier modo, odio lo meramente literario. Por ejemplo, cuando leo una novela y comienzo a ver referencias literarias, la verdad es que me molesta, pienso que eso debe ir donde corresponde, que es en la crítica o en los estudios literarios. Prefiero separar los géneros.

¿Qué manantiales ocultos adviertes en tu propia poesía?

Alguna vez, en una antología que hicieron en el Perú me pusieron entre los metafísicos; esto me produjo mucha gracia...

Pero tu poema a Heráclito tienen algo de metafísico...

Sí, pero ahí el que habla es un filósofo, un filósofo ya viejo que lo está escribiendo. Ese poema constituye una especie de recuento de su vida, mezclado con algunas de las frases que se le atribuyen y al momento de la aparición de la antología aún no se había escrito ese poema. Mis primeros poemas son más bien sensoriales que metafísicos. Los últimos tal vez...

Ahora bien, no sé si seré realista, pero toda mi obra está basada en la realidad, en mi experiencia directa, hay veces en

que siento que me sumerjo en un nivel más profundo y salen poemas que para mí pueden no tener mucho sentido. Por ejemplo, en el último libro hay un par de poemas que escribí un poco así de lo que sale sin saber mucho uno mismo acerca de su significado. Pero ese es el misterio de la poesía; supongo que es como escribir música, en la que tampoco interesa el sentido, pero de alguna manera tienes que expresarte. Por eso pueden existir poemas que no me explico muy bien y que los veo como lo que hacían los surrealistas, aunque su intento me parece falso, porque en su caso se trata de una escritura automática deliberada y no inevitable, como es la que debe poseer un poema. Pienso que estoy rescatando al oscuro habitante que existe dentro de mí, pero que fluye de lo inconsciente. Los surrealistas querían que de la mente se pasara directamente al papel y eso es imposible. En algunos casos, pues, he escrito poemas que hasta a mí mismo me desconciertan. Si me dijeran que los explique no sabría cómo hacerlo.

¿Cómo te ubicarías dentro de la tradición poética peruana?

A mí siempre me han calificado como un insular, alguien apartado. Yo, en realidad, pertenezco, por mi fecha de nacimiento, a la Generación del 60. Pero no creo haber estado cerca de sus ideales. En mi juventud, sus integrantes no fueron amigos míos. Yo los vine a conocer, un poco entrado en años. Cuando comenzaba a iniciarme en la literatura, era muy amigo de un poeta menor que yo, que ya falleció. Se llamaba Armando Rojas, y por sus años —nació en 1945— a él lo colocan en la Generación del 70. A mí, como comencé publicando un poco tarde, al comienzo me ubicaban en la del 70, y como con los del sesenta no tenía mucho contacto, me quedé en la tierra de nadie. No me quejo de sentirme y saber que estoy solo cuan-

do se trata de poesía. Además, yo siempre he sido un poco apartado gracias a una experiencia infantil que me marcó mucho de muchacho. Tenía un grupo de amigos del barrio, que comprábamos unas cajetillas de diez cigarrillos que las vendían en las comisarías para el personal del Ejército y de la Policía, y eran muy baratos. En esa época, no sé por qué, la carne también se vendía en las comisarías. Yo era el encargado de ir a comprar las cajetillas de cigarrillos. Pero como mi madre iba a comprar la carne a la comisaría, probablemente el policía-bodeguero le contó que yo siempre iba a comprar cigarrillos. Entonces mi madre me dio una tanda, con correa, de la que jamás me voy a olvidar. No volví a fumar hasta los veinte años. Me castigó sin salir de casa para ir a jugar por todo el resto del año; al regresar del colegio, me tenía que quedar en casa. Me acostumbré entonces a la soledad y a estar solo. Hasta pueden irritarme en la actualidad ciertos compromisos sociales que invaden mi soledad, en ellos incluye el teléfono. Cuando viajé al Japón, el recuerdo de mi experiencia colegial me salvó. Al comienzo, mi llegada a ese país fue una experiencia antipática, porque me convertí en analfabeto de un día para otro: no podía leer nada en las calles. Los primeros días estaba desesperado, pues no conocía a nadie y me pregunté: ¿qué voy a hacer estos cuatro o cinco meses, solo? Me acordé de esa época de castigo y reclusión que, en determinado momento, llegó a hacerme agradable. Así, en los meses que pasé en Japón aproveché la oportunidad de estar solo gozando con la lucidez de saber que el hombre es puro ser.